

DOMINGO III DE PASCUA (C)
Homilía del P. Anselm Parès, monje de Montserrat
10 de abril de 2016
Hch 5, 27b-32.40b-41 / Ap 5, 11-14 / Jn 21, 1-19

Queridos hermanos y hermanas, entramos hoy en la tercera semana del tiempo pascual. Tiempo dedicado a hablar de la resurrección de Jesús de entre los muertos; y también, de la expansión inicial de la Iglesia, de la que nos habla el libro de los Hechos de los apóstoles.

Así, la primera lectura, que es un fragmento de dicho libro de los Hechos de los apóstoles, nos presenta la escena en que los apóstoles defienden, ante el sanedrín de los judíos, su derecho y su obligación de anunciar a Jesús resucitado al pueblo de Israel. Efectivamente, los apóstoles dicen a los sacerdotes, que les habían prohibido enseñar nada en nombre de Jesús: "Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres" y, a continuación, predicán a los mismos sacerdotes sobre Jesús resucitado. No es difícil de entender que, ante este comportamiento inexplicable para ellos, de los apóstoles, los miembros del sanedrín no supieran que hacer con ellos; y, por ello, indignados y desconcertados, los soltaran, después de haberles hecho azotar. Esto no lo dice el fragmento que hemos escuchado, pero hace comprensible el final del texto, donde los apóstoles manifiestan su alegría por haber sido dignos de ser maltratados por el nombre de Jesús.

La segunda lectura es un fragmento del libro del Apocalipsis de san Juan, que nos presenta una escena de la liturgia celestial en honor del Señor resucitado. Un fragmento de esta liturgia que cantamos los monjes aquí en Montserrat a las vísperas de los martes. Es el fragmento que dice "Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, fuerza y el honor, la gloria y la alabanza".

El evangelio según san Juan que nos ha sido proclamado, es el episodio de la aparición de Jesús a sus discípulos junto al lago de Tiberíades (más conocido como lago de Galilea). Los discípulos habían ido a pescar, y no habían pescado nada en toda la noche. Podemos suponer que debían estar muy desanimados. El evangelio nos dice que, cuando ya amanecía, Jesús se les presentó junto al agua, pero sus discípulos, que aún se encontraban en sus barcas en el lago, no lo reconocieron. Él les preguntó, desde la orilla, si tenían algo para comer. Y, ante su respuesta negativa y lacónica, ya que sólo le contestaron "NO", los invitó a echar la red a la derecha de la barca, diciéndoles que pescarían. Y, así fue. La narración nos dice que los apóstoles no podían sacar la red del agua de tanto pescado como había. El milagro fue tan evidente que se dieron cuenta que se trataba del Señor y, me imagino que entre emocionados y desconcertados, se acercaron a la orilla del lago, llevando los peces que habían pescado. Por cierto, siempre me ha llamado la atención la precisión del evangelista que nos dice que la red que Pedro sacó del agua contenía 153 peces grandes.

Al saltar a tierra, Jesús ya tenía un fuego preparado, con pan y peces cociéndose a las brasas. Y Jesús les invitó a desayunar todo invitándoles a añadir al fuego de los peces que habían pescado. El evangelio nos dice que el desayuno fue silencioso, ya que ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, ya que todos sabían que era el Señor. El evangelista nos dice a continuación: " Jesús se acerca, toma el pan y se lo da; y lo mismo el pescado". Y añade: "Ésta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos". Este comportamiento de Jesús recuerda lo que había hecho, durante su vida entre los suyos, en el episodio de la multiplicación de los panes.

Jesús, con sus apariciones a sus apóstoles y discípulos, les fue confortando y preparando para su futura misión al frente de la Iglesia naciente. Los discípulos lo necesitaban ante la conmoción que supuso para ellos la pasión y la muerte de su Maestro. Con todo, ya les había anunciado, durante su vida entre ellos, que recibirían el Espíritu Santo, el cual les haría conocer toda la verdad que ahora no podrían experimentar. Esta venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles y discípulos, la celebraremos, Dios mediante, la próxima solemnidad de Pentecostés, que cerrará el tiempo pascual.

Demos gracias a Dios, por su amor y benevolencia, que nos da el Espíritu Santo, para fortalecernos y ayudarnos en nuestra vida cristiana, en medio de las contradicciones y dificultades de nuestro tiempo.